

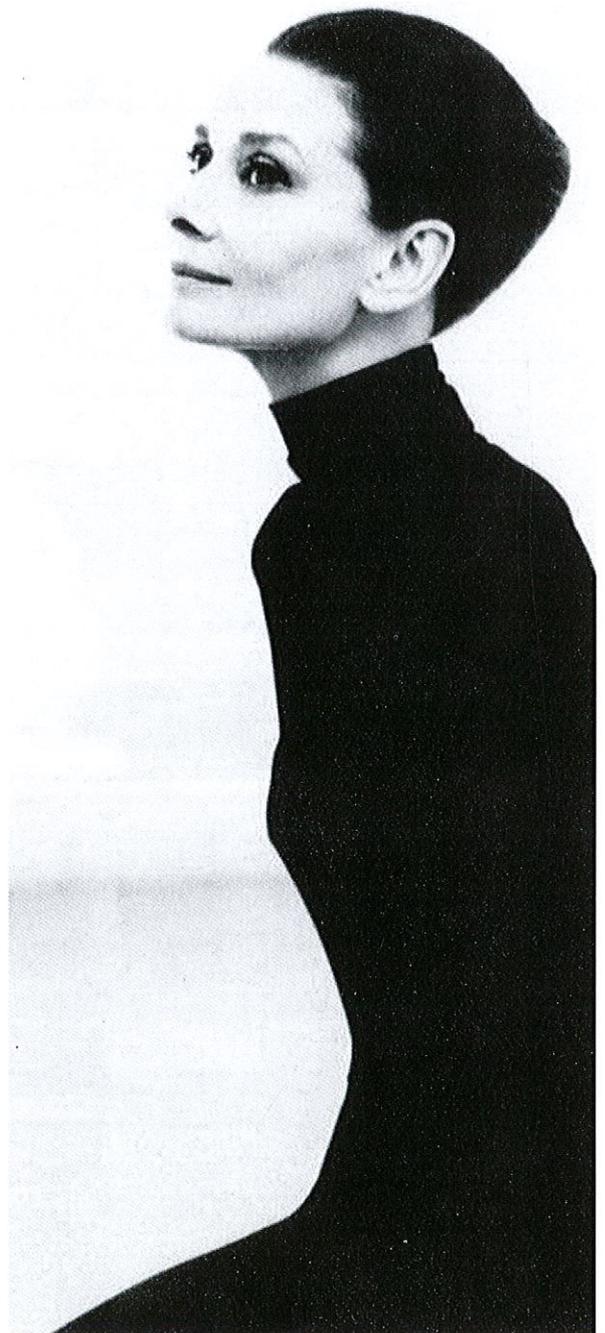
Miguel Molina Rabasco

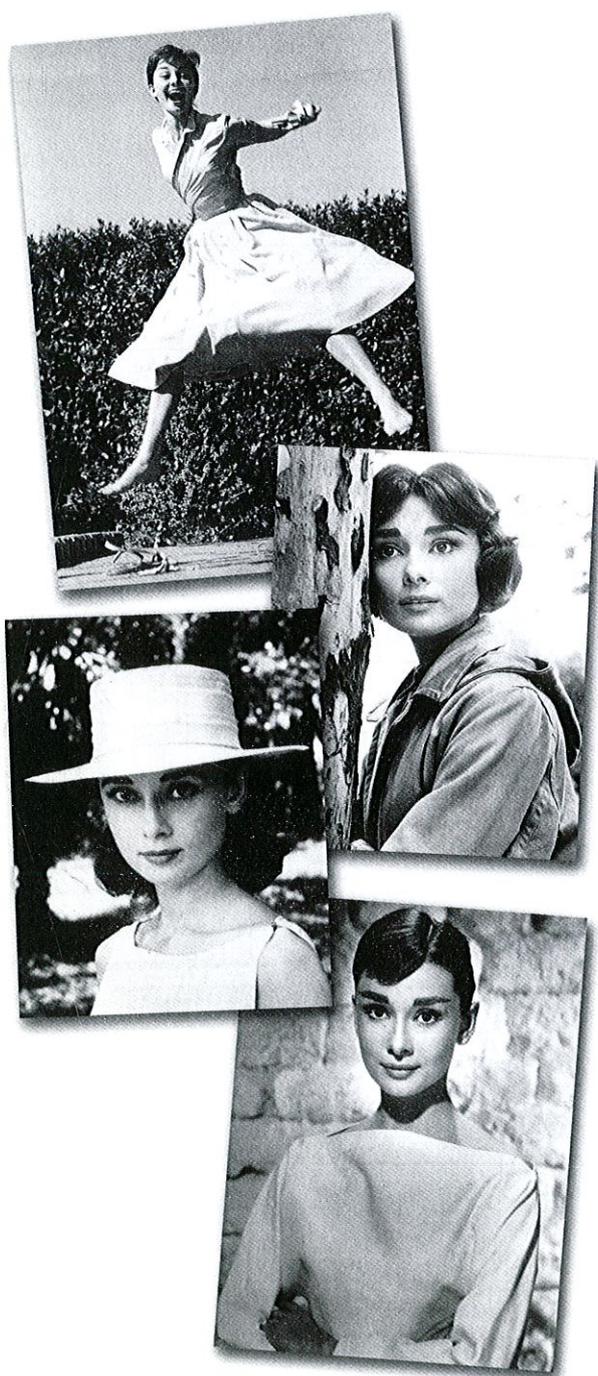
AUDREY HEPBURN: LA DELICADA BELLEZA

Parece cierta la afirmación de que cuanto mayor es uno, con más nitidez y frecuencia recuerda el pasado lejano, en perjuicio de los acontecimientos recientes. En la memoria se dibujan, con precisión y claridad, lo vivido en el pretérito distante de la adolescencia y de la juventud y olvidamos con frecuencia lo inmediato, lo de ayer mismo. Como en una película aparecen las situaciones, los instantes vividos en aquellos alejados días, coincidentes con los mediocres y grises de la larga posguerra española, sin los estímulos ni la abundancia de medios y múltiples posibilidades de hoy. Tiempo triste, opaco, miserable el de tales años del pasado siglo. Los jóvenes estábamos limitados, sin apenas ningún lugar de distracción u ocio. En cambio tuvimos la suerte de vivir en la época dorada del cine que, por otra parte, constituía casi el único medio de entretenimiento. Los domingos y festivos era casi obligado asistir a los estrenos en alguna de las varias salas existentes, especialmente en el inolvidable y clásico Teatro Principal, convertido en cenizas una noche aciaga.

Los tímidos, como yo, suelen ser también impenitentes soñadores. Y el cine, junto a la lectura, sirve para conseguir la evasión de lo cotidiano, tan estrecho y vacío entonces. De ahí el gusto, la casi adicción al mundo ofrecido por el celuloide y los libros, a través de los cuales podían conocerse otras tierras, otras formas de vida, inasequibles y lejanas para la mayoría. Así descubrí, entre otras figuras extraordinarias del séptimo arte, a Audrey Hepburn. La vigorosa sensibilidad de la adolescencia no podía menos que dispararse ante una criatura como ella. La protagonista de "Vacaciones en Roma" no era solo una artista más o menos agraciada: su figura estilizada y elegante, su rostro juvenil, sus ojos de mirada inocente y dulce, su sonrisa entre pícara y angelical, la convertían en el prototipo femenino deseable para cuantos nos encontrábamos en la complicada etapa que desemboca en hombre formado.

Atractiva, de encantadora apariencia frágil, como la de una delicada escultura de porcelana, Audrey Hepburn





consiguió seducir con su persona, su buen hacer y saber estar, a cuantos la vieron. De distinguida familia, supo mantener una elegancia y aristocrática sencillez -valga la expresión- en todas sus interpretaciones, incluso en la primera parte de "My Fair Lady" (versión cinematográfica de la obra "Pígalión", de Bernard Shaw), cuando hace de chica barriobajera y mal hablada. Aunque belga de nacimiento, su carrera se consolida y desarrolla en Hollywood, triunfando con la ya citada "Vacaciones en Roma" (1953), "Sabrina" (1954), "Una cara con ángel" (1956) y otras películas no sólo de carácter romántico e intrascendente, sino con mayor calado y hondura, como "Historia de una monja" (1959) o "Sóla en la oscuridad" (1967), por no citar y agotar toda su filmografía (cincuenta, creo), que no es mi objetivo. Sí cabe señalar que obtuvo un Oscar a la mejor actriz, por "Vacaciones en Roma", y que fue nominada en otras varias ocasiones. Después de dos matrimonios, su última etapa, con escasas excepciones, la dedica a la ayuda de los niños como embajadora especial de la UNICEF.

Al lector y lectora perspicaces no se les habrá escapado que con estas breves líneas no pretendo hacer una biografía ni un estudio de Audrey Hepburn (1929-93). He querido, simplemente, remover recuerdos y resaltar lo vivido o soñado -¿que será más real?- en años tan significativos para toda persona; años que, tal vez, con intensidad mayor de lo que se cree, dejan honda huella en la existencia y forma de ser de cada cual. Y resulta sorprendente cómo, ya en el declive, se rememora con melancolía y, quizá, con casi la misma emoción primigenia, aquellos días que se alejan con creciente velocidad, como si de luminosas galaxias se trataran. Audrey Hepburn simbolizó para muchos, por su delicada belleza y méritos propios, y un poco también por el azar y las circunstancias, la novia soñada por una juventud masculina con excesivas carencias; su grácil figura despertó e incitó la atracción y el deseo de contemplar unos ojos brillantes y atractivos como los suyos, con la suficiente cercanía como para verse reflejado en ellos, a la sola y tenue luz de una noche clara de estío.